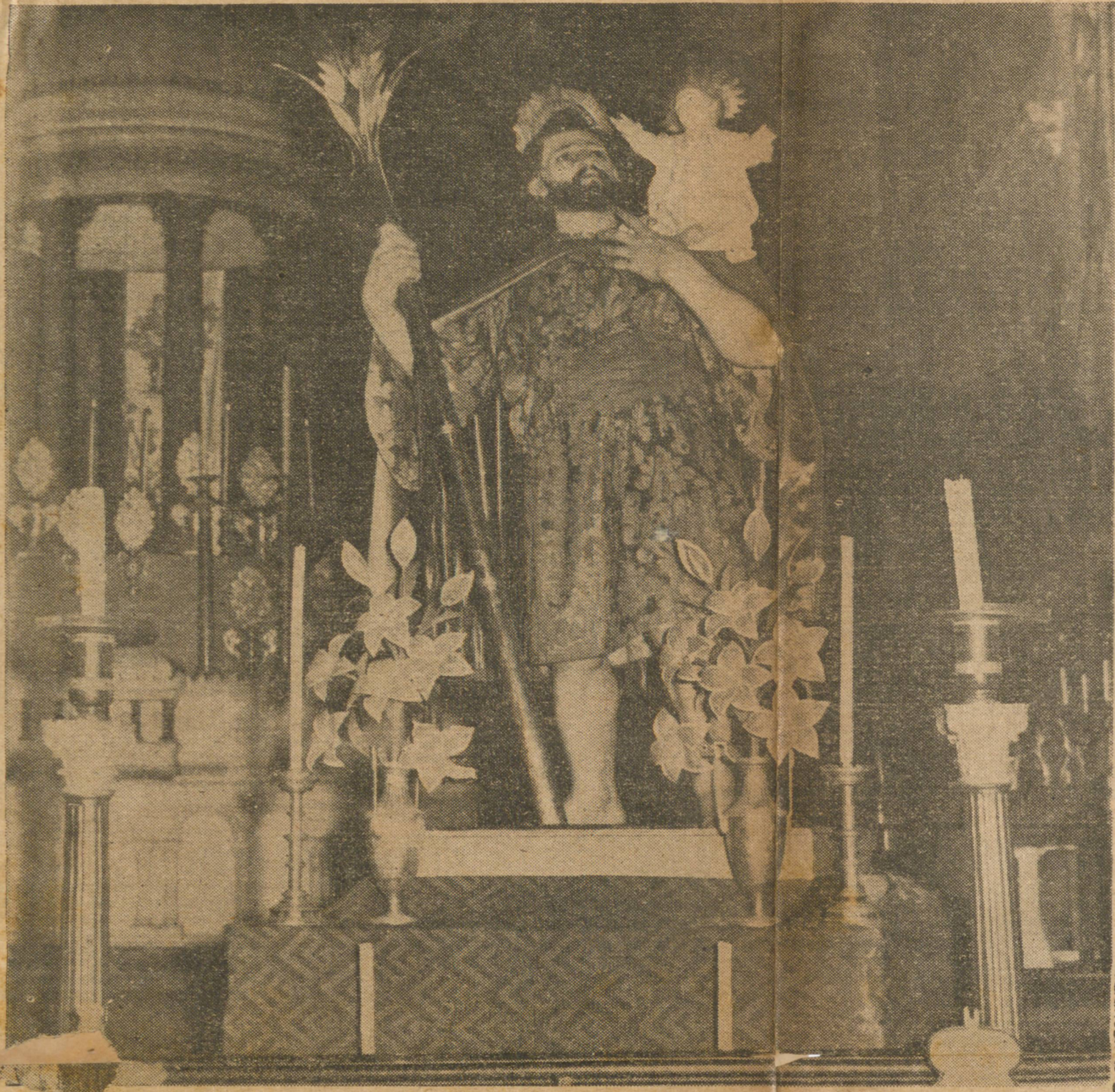


Por Bertha Díazmartínez

La imagen de San Cristóbal que en nuestra Catedral, año tras año, es objeto de la devoción de los fieles habaneros es un patético símbolo de la indestructibilidad de la fe. Tres siglos y un poco más —trece años— lleva escuchando las súplicas de los que vienen en busca de su milagroso poder. Su historia será el mejor testimonio de ello, así es que vayamos a su encuentro. Comencemos por decir que la primera iglesia de la Habana la constituyó un humilde bohío y consta que en 1519 le fueron destinados 32 pesos. No fue hasta 1550 durante el gobierno de Gonzalo Pérez de Angulo — que se comenzaron las obras para una iglesia de mejor ver, de "piedra o teja". Pero, aquella casita sin pretensiones fue destruida en 1555, cuando el corsario Sores incendió la población, no quedándole más que las paredes. Transcurrieron algunos años antes que los feligreses pudieran contar de nuevo con un lugar de culto. Hasta que, en 1574, quedó definitivamente levantada otra iglesia, no en el lugar que ocupaba primitivamente, sino en el sitio en que hoy esta enclavado el Ayuntamiento. Para las obras de su ampliación y reedificación, fue que se encargó la imagen de San Cristóbal. Se comisionó para la dirección de la obra a D. Simón Fernández Leyten, Procurador Gral. de la Habana, y para su ejecución, al escultor Martín Andújar, que la talló en Sevilla. El grupo escultórico, que constaba de 160 y tantas piezas, llegó a la Habana en 1633. Pero, bien sea porque su gran tamaño no se acomodaba a las dimensiones de la iglesia, o porque se hacía imposible llevarlo en las procesiones, —donde su corpulenta figura rozaba o sobrepasaba los entoldados de

(Pasa a la Pág. 20)



2 De modo, que cada 16 de noviembre se revive la tradición. Uno de sus detalles es que para obtener las gracias solicitadas hay que ir sin hablar desde las doce de la noche del día anterior. No sabemos si esta pequeña mortificación es como un homenaje al santo que aún encadenado, puesto sobre brasas encendidas, rociado con aceite hirviendo y asaeteado se negó a renegar de su fe, siendo finalmente decapitado; o debido a la leyenda —el libro "San Cristóbal" de Eca de Queiroz habla de ello— de que el gigantón nació mudo.





3 Antes de entrar, pues, a la misa de los "mudos", como ha dado en ser de rigor dar tres sonoros golpes en la puerta. Confesamos que no hemos podido averiguar el origen de esta costumbre que tanto desagrada a los sacerdotes. Pero recordamos que Jesucristo, dijo: "Pedid y recibireis. Tocad y se os abrirá". Y, quizá ateniéndose a esas palabras bíblicas las devotas piensen que este es un contundente modo de llamarle la atención al Santo.



4 Una vez oída la misa, o simplemente hecha la rogativa en la Catedral, los fieles se encaminan hacia el Templete. La mayoría, si mira los cuadros lo hace superficialmente y son muy pocos los que se detienen a investigar quiénes son sus personajes. Pero, en cambio, la parte que pudiéramos llamar de "santería" se lleva a cabo sistemáticamente por los iniciados y aún por los que no saben el motivo de las extrañas prácticas. Estas consisten en quitarse los zapatos y, en el momento de hacer la petición, enterrar un kilo prieto en alguna de las grietas de la ceiba centenaria.



5 Además, es necesario dar tres vueltas alrededor de la ceiba (según vemos al nutrido grupo de la izquierda) y, por último, desprender un pedacito de su corteza, —tal como se observa en la parte inferior— con la finalidad de guardarlo como reliquia.



6 Asombra en realidad, que en este siglo de avanzadas proyecciones, en vez de los blancos haber injertado su cultura en el negro sea el negro el que haya iniciado al blanco en esas prácticas totémicas. Así, vemos que manos blancas y negras, jóvenes y viejas, profesan la misma profanadora creencia de que esta ceiba puede concederles gracias y mercedes. Es cierto que el árbol ha jugado un importante papel en la existencia del hombre a partir del de la "Ciencia del Bien y del Mal". Pero, no es menos cierto, que en la era arcaica el espíritu que aspira a la perfección debe desprenderse del lastre de la selva.



...misa, o simplemente hecha la rogativa en la Catedral, los
...minan hacia el Templete. La mayoría, si mira los cuadros
...cialmente y son muy pocos los que se detienen a investigar
...personajes. Pero, en cambio, la parte que pudiéramos llama
...lleva a cabo sistemáticamente por los iniciados y aún por
...motivo de las extrañas prácticas. Estas consisten en quitarse
...momento de hacer la petición, enterrar un kilo prieto en al
...de la ceiba centenaria.



5 Además, es necesario dar
tres vueltas alrededor de
la ceiba (según vemos al
nutrido grupo de la izquierda) y,
por último, desprender un peda-
cito de su corteza, —tal como se
observa en la parte inferior—
con la finalidad de guardarlo co-
mo reliquia.



6 Asombra en realidad, que
en este siglo de avanzadas
proyecciones, en vez de
los blancos haber inje-
rado su cultura en el negro
sea el negro el que haya inicia-
do al blanco en esas prácticas
totémicas. Así, vemos que
nos blancas y negras, jóv-
viejas, profesan la mis-
fanadora creencia de que
ceiba puede conceder
cias y mercedes. Es cierto
árbol ha jugado un im-
papel en la existencia
bre a partir del de la
del Bien y del Mal". Pe-
menos cierto, que en
míca el espíritu que a
perfección debe de
del lastre de la selva



las calles por entonces principales el caso es que se encargó al escultor José Ignacio Valentín Sánchez que rebajara y repintara esta imagen de madera. Cuando se hallaba en esa tarea, vió sobre el pecho del Santo un taco. Removiéndolo, observó con creciente asombro que contenía una nota. Y, un supersticioso calofrío recorrió su médula cuando leyó que el escultor Andújar pedía que rogasen a Dios por su

alma cuando muriera. El Cabildo, recogiendo la original petición, ordenó que se dijese 100 misas en sufragio de su alma. De modo, que la primera gracia hecha por conducto de este San Cristóbal quedó cumplida con creces. Resistió, imperturbable, la conmoción ocasionada por la veladura, —por un rayo—, del navío "Invencible", anclado en puerto en 1741, y con motivo de la cual la iglesia quedó en ruinas. Los incesantes paseos que motivaron el traslado provisional de la Parroquia al oratorio de San Felipe de Neri y posteriormente al Colegio de la Compañía de Jesús, tampoco le afectaron. Pero, donde mejor de-

mostró su poder milagroso para escapar a la destrucción, fué cuando el Obispo de Espada se propuso una importante transformación de la que ya era Catedral. El Obispo, en parte por su depurado gusto que no aceptaba las estatuas, adornos y altares, que afeaban el antiguo edificio, y en parte porque las procesiones de imágenes incrementaban en grado sumo las prácticas santeras oriundas del Africa, optó por destruirlas —se asegura que para hacer leña— y sustituirlas por cuadros al óleo, copias de artistas renombrados. Así, hasta nuestros días, ha llegado la imagen venerada. Como nosotros somos

como Santo Tomás, no creímos que fuera la misma hasta que vimos, —con nuestros propios ojos— cómo a la altura de la rodilla, donde comienza el muslo, la estatua fue cortada y vuelta a empatar, así como la cicatriz, en el pecho, en el lugar que Andújar dejara su menesaje. Este rebajamiento que sufrió el Santo, lo hace lucir desproporcionado, rechoncho, pues el torso, de hombre corpulento, no corresponde a la cortedad de las piernas. En cuanto al por qué la primitiva villa de La Habana fué denominada de San Cristóbal, unos suponen que se realizó en honor de Colón y otros afirman que el motivo lo

fue su fundación verificada, el día del mencionado Santo. Pero ambas versiones carecen de pruebas documentales, por haber desaparecido los Libros de Cabildos anteriores a 1550. No obstante, se tiene como fecha oficial del asentamiento de la villa, el 25 de junio de 1515, día que señala el santoral católico en honor de San Cristóbal. Sin embargo, con el correr de los años, se vió que esa fecha interfería con la celebración de la festividad de Santiago, patrón de España y de la Isla. Y, habiendo solicitado indulto papal, se logró que se fijara el 16 de noviembre para rendirle tributo al patrono de La Habana.

Nov 30/46 -